

I. PRIMERA ESCUELA

Por: Gladys Zamudio Tobar

Desde muy pequeña, a los seis años, comencé a sentir el malestar con esta educación. No me gustaba estar sentada en un solo lugar habiendo tantos asientos, ni me agradaba que los profesores hablaran de las mismas cosas, que no lograba relacionar con mi vida, y en un tono soso y desaliñado.

La confirmación de mis percepciones dio pronto lugar a las consecuencias; perdí tercero de primaria. Lo único que recuerdo haber aprendido en ese año tuvo que ver con los decentes trajes del profesor Cabrera, su cabello exageradamente negro y engominado; su esbelto cuerpo de 50 y tantos años, y, finalmente, un eterno murmullo de voces femeninas y masculinas que nunca entendí.

Luego llegó la noticia: ¡perdió el año! Realmente, eso no me impresionaba. Yo no entendía qué significaba el rostro duro de mi padre frente al insuceso, como tampoco sabía por qué mi madre me miraba con angustia, se comía las uñas y sacudía su mano como si se la hubiera quemado.

Solamente horas después cuando llegamos a la casa mi pequeño cuerpo castigado reveló que algo malo había ocurrido. Todavía no comprendo por qué tanta algarabía por un año escolar.

Continué jugando en los salones de clase todos los días porque eso era lo que me gustaba. Mientras mis compañeros se clavaban en sus cuadernos, a poner una especie de hormiguitas sobre las líneas que tenían, yo disfrutaba viéndolos tan extraños, tan adultos, tan parecidos a los profesores. A todos los niños los peinaban muy bien para que no se despelucaran, tal como Cabrera. De las niñas, recuerdo a Viviana, con el cabello estirado de tal manera que siempre parecía asustada, sus ojos resaltaban en esa cara menuda.

Jamás olvidaré a esa compañera, pero no porque me traiga buenos recuerdos sino por su original y arrogante comportamiento de "informante". Todo se lo contaba a los profesores.

Cuando la Directora del colegio, Doña Nubia, le llamó la atención a todo el grupo y yo hice un gesto de burla, la vieja me gritó y yo, en voz baja, dije: ¡vieja cucha! Viviana inmediatamente aulló a contar lo que había oído. Por supuesto, gracias a la hermosa niña aplicada me sancionaron y en casa mi padre se encargó de hacer lo suyo.

A pesar de todas las travesuras que cometí, no lograron maltratarme tanto para que yo parara. Me he caracterizado por ser terca en lo que me gusta. Y siempre he disfrutado de observar, curiosear y experimentar a ver qué pasa. Me fascina ver las transformaciones que gozamos o padecemos los humanos porque cada cosa a resolver nos hace más creativos y ahí está el verdadero aprendizaje.

En toda la educación primaria lo único que recuerdo haber aprendido fueron los fraccionarios, pero de ello no fue autor el profesor Cabrera. ¡Quién iba a pensarlo! Fue mi padre quien me los enseñó, en un tablero gigantesco contra el que aprisionaba mi cabecita cuando me distraía y no le prestaba atención. Bueno, pero después de todas las noches de dedicación, por fin comprendí cómo funcionaban esas operaciones. Lo que no supe fue para qué me servirían luego. Y aún me lo pregunto porque ahora esas enseñanzas sólo me sirven para explicarles a mis hijos.

Otra evocación de primaria que me asalta de muy bella forma es ver a la profesora Ruby caminando. Una mujer esbelta, su cabello liso, hermoso como las crines de los más finos caballos. Su rostro trigüeño con una boca redonda por la que salían dulces

palabras y literatura fantástica. Ella también nos enseñó a hacer postres, a jugar en grupos. Era la profesora más joven que tenía el colegio. Ese era otro colegio, uno de niños felices que corríamos por los pasillos, que nos untábamos de la masa de harina, de azúcar refinada, de la crema de leche; pequeños que sabíamos que jugar era lo más rico de las tortas que preparábamos.

Pronto se acabó la dicha porque yo “estaba muy desatada”. Había que pasar a esta niña convulsa a otro colegio, ¡uno presbiteriano! Dijo mi padre, porque Don Luciano es el rector y es mi amigo. ¡Pues sí! Fue la respuesta de mi madre, quien no se atrevía a llevar la contraria.

¡Qué terrible! Un nuevo colegio ubicado en las afueras de Cali, gigantesco, con mucho pasto y árboles. Parecía que nos íbamos a perder allí. Fue muy grande el susto al iniciar clases, pero una vez conocí a los compañeritos tan juiciosos, supe que tenía todo el campo abierto para mí, para mis locuras, travesuras y demás holguras.

II. LOS FRACTALES DE LA LOCURA

Ancho y ajeno era este mundo del nuevo colegio. Ningún profesor lograba encerrarme en sus “ladrillos” para crear un ápice de lo que decían. No comprendía por qué hablaban de cosas tan lejanas a mi vida, y, sobre todo, ignoraba qué entendían mis compañeros de aquello tan tortuoso para mí. Cómo hacían ellos para resistir discursos y hacer tareas mecánicas como las que los maestros proponían desde su terquedad.

Lo único que yo quería era salir a correr, caminar por entre los árboles, mirar las cortezas con infinitas texturas, con grietas ocasionadas por el tiempo o quizás por el displacer de ver tanta gente aburrida alrededor. Estos fenómenos naturales estaban a punto de reventar, de sacar de sí más brazos con hojas y frutos para ver si se fijaban más en ellos que en seres de sólo dos

extremidades, que únicamente utilizaban una para hacer marcas en el tablero.

Efectivamente, lo que yo hacía era recorrer todo el espacio verde hasta que encontré los alambres de púas con que encerraron el lugar. Me dediqué entonces a cortarlos y a abrir espacios de salida de aquel sitio. Unos pocos muchachos y ninguna mujer me acompañaron por mis marchas, primero dentro del barrio y luego un poco más allá.

Fue así como un día llegamos al Valle de los hongos. Verdaderos aprendizajes con el cuerpo, con mi cuerpo y el de mis compañeros. Nos sentábamos alrededor del río Pance, introducíamos nuestros pies en el agua fría que nos despertaba otras sensaciones.

Días después en esos espontáneos paseos decidimos despojarnos de nuestras prendas. Entonces ya iban conmigo los jóvenes de sexto –ahora equivalente al grado once. Ellos me trataban como a una diva, me respetaban y escuchaban mis propuestas. Acariciaban mi cuerpo desnudo con mucha paciencia y dedicación. Parecía que era la única oportunidad que tenían de hacerlo. ¡Esto era tan bello! ¡Era tan sano para todos!

Un día, a uno de ellos se le ocurrió buscar hongos porque había oído hablar de las imágenes que estimulaban estos alucinógenos y el estado mental al que ellos nos llevarían. Entonces nuestra misión era buscarlos. Ya sabíamos que se encontraban bajo las heces de las vacas.

Nos preparamos con tiempo para realizar nuestro gran viaje. Recogimos un poco de ropa para cambiarnos el uniforme porque ya se rumoraba que algunos estudiantes de ese colegio se escapaban a “hacer de las suyas” en las afueras. Lo único que nos delataba era ese sello que no se podía ocultar. Por esta razón decidimos dejarlo escondido tras algunos árboles que con sus grandes brazos protegían nuestras pertenencias.

¡Jamás probé los hongos! A pesar de parecer una chica muy loca, lo máximo que logré en materia de alucinógenos fue hacer fumar a mis compañeros de clase trozos de pasto picado en un papel extraído de la biblia. Ellos me pedían que fumara, a lo que les respondí que “ya me había metido uno grande”. Entonces, más tranquilos, fumaron un poco de mi preparativo. Su ingenuidad me preocupó y saber que comenzaron a ver extrañas imágenes y a sentirse mejor, también me confirmó la potencia de la mente frente a lo desconocido. Quedé sorprendida de haberlos hecho “volar” simbólicamente. Menos mal no lo fumaron todo.

Al regreso, el día que buscamos hongos, día en que disfruté de otros seres íntimos que también se les parecían porque hacían alucinar y me metían en otro estado, nos tropezamos en el camino con el rector del colegio. Todos volvimos al colegio a pie – como lo hacíamos siempre- pero este no era un día como los anteriores. El rector reconoció a metros mi gran afro que se movía más rápidamente como las copas de los árboles, cuando salimos corriendo a perdernos.

Al día siguiente, estaba yo sentada en la rectoría, con vicerrector y coordinadora a bordo. Todos interrogaban casi al mismo tiempo. Yo me defendía con el producto que me había dado la experiencia para mentir. ¡Por supuesto que no era yo! Si yo estaba en el colegio a esa hora, todos me vieron subir al bus de regreso a casa, juiciosa con mi uniforme. Así que al final, las autoridades escolares, no tuvieron la más mínima duda de que se trataba de alguien muy parecido a mí.

¡Claro! Siempre llega el día en que hay mayores evidencias de nuestros actos. Y esto ocurrió cuando invité a una mujer, una “loquita” que llegó al colegio, a compartir travesuras. En esta ocasión, extraña por cierto porque yo no acostumbraba andar con las mujeres, me pillaron fumando en el baño porque la representante del grupo, un poco

celosa, nos persiguió y se fue directo a la Vicerrectoría.

De nuevo, sentada al lado del Vicerrector, aceptando mi falta. De esta sí no me escapaba: mi compañera temerosa llorando y la testigo mirando con balas en sus ojos. No obstante, ellas se fueron y yo me quedé conversando con el Vicerrector, lloré un poco y le pedí que comprendiera mi situación, le expliqué cómo era mi vida familiar, mis carencias afectivas y demás tristezas. Éste, inmediatamente pasó el caso al Rector. Una vez en su oficina le comenté las mismas situaciones y ¡eureka! Por fin entendió. Fui absuelta por mi falta justificada.

La locura siempre ha tenido que ver con mi cordura: una manera diferente de ver las cosas, una disposición dialógica y la claridad de mis ideas que me da la seguridad para defenderlas.